

Pluralismo y memoria

JORGE GALINDO

Partiendo del referéndum de 2016 sobre el acuerdo de paz con las FARC en Colombia, el autor reflexiona sobre cómo se construye la memoria una vez finalizados los conflictos. Para ello se ayuda de cómo la Transición española logró un acuerdo para superar las heridas abiertas durante la guerra civil y la posterior dictadura, así como del proceso que desembocó en la disolución de la organización terrorista ETA. La conclusión a la que llega es que la construcción de la memoria supone tomar posiciones en los dilemas que implica la necesidad de equilibrar entre los pilares básicos de la justicia transicional: verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición.



Marcha en Bogotá en defensa de la Jurisdicción Especial para la paz.

Foto: ©Shutterstock.

En octubre de 2016 Colombia sometió a referéndum su acuerdo de paz con las FARC. Uno de los conflictos civiles más largos del último siglo llegaría a su fin con lo que se pretendía como una fiesta de la democracia. El presidente Juan Manuel Santos, de ilustre apellido, ideología moderada y aspiraciones al Nobel de la Paz, había prometido en campaña que la ciudadanía tendría la última palabra sobre el extensísimo pacto firmado con la guerrilla de origen comunista y campesino, entremezclada en las últimas décadas con el crimen tanto ordinario (chantaje, narcotráfico, control territorial) como extraordinario (de lesa humanidad).

Las encuestas le daban al «sí» por el acuerdo de una amplia mayoría de dos tercios. El camino hacia la votación se anticipaba fácil por sus partidarios, presidente incluido, frente a una campaña en contra que era sistemáticamente

ridiculizada en medios y en redes. Se acusaba a «los del no» de no querer la paz por puro cinismo e interés: Álvaro Uribe, presidente entre 2002 y 2010 que ganó y gobernó a base de «mano dura» contra las FARC, era su padre intelectual. Su batería de argumentos acusaban al gobierno *santista* de claudicar, de arrodillar al Estado para obtener una victoria egoísta que no sería justa con el país. Pero en los ambientes urbanos intelectuales esa posición se leía como atrasada, reaccionaria, inevitablemente superada ante el premio de la paz.

Pero las encuestas fallaron junto a la intuición de esa parte de la élite colombiana: ganó el «no». Fue una victoria exigua, por un puñado de votos. Se achacó a un huracán en la costa del Caribe que dejó a mucha gente en casa; a las estrategias de campaña de los conservadores que ataron el acuerdo a una supuesta revolución de extrema izquierda en todos los ámbitos de la vida; a compra de votos. Pero ninguno de esos factores explica por sí mismo un resultado tan apretado, y tan lejano tanto a los sondeos como a la imagen previa de «los del sí». Esa noche, el humor entre ellos era de triste y enfadado asombro. También el mío, con la debida distancia hacia un país que no era el propio (llevaba poco tiempo en Colombia pero tenía una opinión relativamente formada, o eso creía yo, sobre la situación: favorable al acuerdo). Y el de titulares (más bien simplistas) en medios del mundo entero, que partían de la premisa «cómo puede ser, cómo puede un país votar contra terminar un conflicto tan dañino, tan sangriento».

Pero no todo el mundo lo veía así. No lo veían así los millones de personas que habían salido a rechazar el pac-

to. Tampoco algunas personas en España cuya opinión valoraba y valoro enormemente. Con ellos comparto una fuerte preferencia por la democracia pluralista y las soluciones nunca satisfactorias del todo, idealmente negociadas interna y externamente, ante proble-

mas complejos. Estas personas no estaban perplejas, sino que veían la victoria del «no» con adjetivos que iban de la comprensión a la aprobación.

Ahí algo hizo «clic» en mi mente, porque tardé poco en entender las gafas con las que miraban a la (no) salida del conflicto colombiano: con las mismas que usaban para observar a la situación sufrida en el País Vasco durante décadas. Si en Euskadi el final del terrorismo se estaba logrando por la victoria del Estado de derecho sin concesiones sustanciales, ¿por qué iba a ser distinto en Colombia?

Si en Euskadi el final del terrorismo se estaba logrando por la victoria del Estado de derecho sin concesiones sustanciales, ¿por qué iba a ser distinto en Colombia?

GARANTÍA DE NO REPETICIÓN VS. VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN

La respuesta pragmática es relativamente sencilla: como enuncia Eduardo Pizarro en su libro *Cambiar el futuro: historia de los procesos de paz en Colombia* (Debate), el conflicto colombiano estaba en una situación de empate mutuamente dañino para ambos lados. Ninguno de los dos lados se encontraba en condiciones de derrotar por completo al otro, pero sí podían seguir produciéndole costes de manera indefinida. Desde este punto de vista, una

salida negociada era la opción más racional tanto para el Estado como para la guerrilla.

Esta idea, aunque esencialmente correcta en a mi parecer (y, aún hoy, es el marco desde el que entiendo la posición favorable al acuerdo de 2016), es incompleta (y el autor no pretende otra cosa, vale la pena aclarar) porque solo se centra en una de las cuatro dimensiones que, podríamos decir, comprende lo queramos o no cualquier proceso desde una situación que contradice el pluralismo democrático hacia otro que lo garantice. Son los pilares de la justicia transicional: verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición. La aproximación de Pizarro se centra exclusivamente en la última parte, que es normalmente la más urgente. ¿Cómo podemos lograr que la violencia cese y, en cambio, el conflicto de intereses se mueva exclusivamente dentro de parámetros pacíficos, establecidos en un ordenamiento consensuado (una constitución, unas elecciones, un aparato de Derecho en definitiva)? ¿Cómo hacemos este nuevo equilibrio sostenible? Estas son las cuestiones urgentes, claro, pero para completar la imagen tenemos que incluir verdad, justicia y reparación. Porque sin ellas, además, no podemos hablar de memoria.

La campaña por el «sí» priorizaba una vertiente de la memoria sobre las demás: el miedo a la repetición, a la reiteración, del daño infringido durante el conflicto. Por supuesto, los acuerdos contaban con un sistema de justicia transicional pensado y propuesto para que se supiera lo que quedaba por saber (verdad), se establecieran compensaciones (reparación) y penas (justicia). Pero todo ello estaba en sus detalles y, sobre todo, en el espíritu de los

acuerdos, sometido a la garantía de no repetición. Para los contrarios, este sometimiento era excesivo. Bien porque se consideraba insuficiente la promesa de verdad, justicia o reparación; bien porque el compromiso de las FARC no se veía como fiable. Hoy, con

cuatro años de los acuerdos (modificados tras el resultado del referéndum; de manera insuficiente a juicio de los partidarios del «no», que hoy gobiernan el país de nuevo) y los mecanismos funcionando, este escepticismo se mantiene.

Resulta imposible discernir por completo si los fallos del acuerdo se deben a su naturaleza (así lo ven sus escepticos) o es consecuencia de una profecía autocumplida por parte de quienes nunca se apegaron a su implementación. Y es imposible porque si un acuerdo de paz falla en convencer a la mitad de la población de que su memoria va a ser honrada, *ahí* reside parte de su imperfección, su pecado original. Quizás no podía hacerse mejor, y tal vez el interés privado de ciertos actores políticos ha decantado la balanza: poco importa una vez la división se consolida.

Desde este punto de vista, uno de los mayores retos de estos procesos transicionales es calibrar bien en qué punto del dilema entre no repetición y negación de la memoria (y sus consecuencias) reside el mínimo común denominador del consenso. También necesitan anticipar cuándo y hasta qué punto ese punto se va a mover. La transición a la democracia en España después de cuatro décadas de

Si un acuerdo de paz falla en convencer a la mitad de la población de que su memoria va a ser honrada, *ahí* reside parte de su imperfección, su pecado original

dictadura fue un ejemplo aún más extremo que el caso colombiano. En ella hubo poca verdad, prácticamente ninguna reparación, y la justicia se limitó a una amnistía sin contraparte de rendición de cuentas hacia el régimen. Pero la garantía de no repetición fue todo un éxito: nadie se plantea hoy (y que sea así por muchos años) que el penúltimo país de Europa occidental en llegar a la democracia dé un paso atrás. El único intento de golpe de Estado fracasó. Pero incluso de éste aún estamos aprendiendo cosas nuevas hoy; no digamos ya del propio actuar de la dictadura. Ha sido solo en el siglo XXI que hemos comenzado a explorar la necesidad de, al menos, verdad y reparación, con la justicia que sea posible con una buena parte de los responsables ya fallecidos.

La demora es proporcional al riesgo percibido por una generación entera de reversión autoritaria; de igual manera, tras el fin de ETA, Euskadi y el conjunto de España han tardado más bien poco en ampliar las vetas de la memoria, que nunca estuvieron cerradas. Con el terrorismo derrotado tanto en el plano práctico como en el moral, con reparaciones y elementos de justicia bien presentes, la verdad es menos cara.

Pero no es gratis, ni la memoria deja de ser un territorio en disputa. En muchos rincones (algunos remotos, otros no tanto) del hilvanar conversacional vasco aún es difícil, peligroso incluso si quieres mantener el visto bueno comunitario, enunciar los propios recuerdos si se está del lado aparentemente vencedor.

Seguirá siendo así. También en Colombia, si el proceso transicional mejora y consolida su éxito. Nadie po-

drá producir una memoria única. No es ésa, no debe ser, la aspiración del pluralismo. Le damos ese nombre por algo. En las instituciones, nos tenemos que contentar con seguir recalibrando el punto de equilibrio entre los cuatro vértices de verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición dependiendo de cuál sea la prioridad de la sociedad en cada momento, pero sin aspirar a tener mucho más que un ordenamiento de la disputa sobre el pasado. Fuera de ellas, a lo máximo a lo que podemos llegar es a incentivar mecanismos igualadores. A preguntarnos quién tiene una voz infra-representada en la conversación, y aumentarla.

No siempre es sencillo ni obvio identificarlos. Casi nunca lo es, de hecho, porque todas las partes de un conflicto pasado tienen incentivos para presentarse a sí mismos como el lado agravado, débil, bueno. No sólo por interés, también para evitar someterse a sí mismos a un escrutinio que resultaría entre difícil y devastador (depende de la implicación y la sinceridad de cada uno) si resulta que descubre que no era así. Pero siempre hay pistas, que se logran muchas veces atendiendo a los pequeños detalles de los recuerdos cotidianos. Ese punto de conexión entre lo privado y lo político es imprescindible en la construcción pluralista de la memoria.

Por ejemplo: dos periodistas vascos intercambiando pareceres en una mesa redonda o en la presentación de un libro; uno refiere cómo era de los que miraba por costumbre bajo del coche antes de salir de casa cada mañana y lo explica sin aspavientos, el otro se da cuenta y admite que ciertamente él no lo hacía. Ahí se hace evidente, así sea

por un instante, dónde queda la voz a la que le deberíamos subir el volumen.

COMPARTIR LA PROPIA MEMORIA

Abrir los recuerdos es imprescindible tanto para la disputa como para el consenso. A ambos deberíamos llegar predispuestos a la empatía, idealmente. Uno de los recuerdos prestados que más me han impresionado es el que toda mi generación (la nacida en los ochenta) parece compartir en Colombia. Lo llaman, lo llamó el país entero, «pescas milagrosas»: retenes de las FARC interrumpiendo viajes de familia, negocios o vacaciones en todo el país, buscando un botín. Casi siempre en forma de rehenes. Lo cuentan con la diversión aliviada, propia de quien sufrió algo terrible en su infancia pero que no espera que se repita hoy; como quien se acerca a aquellas imágenes en su mente con un poco de temor supersticioso. Jaja, teníamos una lotería de la muerte en todo el territorio, parecen decir.

Otros, a quienes la violencia tocó más de lleno, no se aproximan así a este tipo de recuerdos, sino con un tono mucho más decidido. Es normal, deseable incluso: la modulación de voces no puede ni debe ser la misma. Tampoco lo es, en consecuencia, las inclinaciones hacia un mayor o menor grado de verdad, reparación, justicia o garantía de no repetición. Sin comprender esto, es imposible que leamos de manera correcta la pluralidad en la memoria. Es más difícil, es mucho más costoso personalmente (sobre todo para quienes permanecieron indiferentes o del lado de los agresores durante la fase violenta) pero es mucho más fructífero que cerrarse en las aproximaciones

partidistas, definidas por las trincheras ideológicas.

La empatía sirve aquí para hacer política de la de verdad, de la que mira a la cara a los múltiples conflictos (las diferentes identidades, cada uno de los intereses, prejuicios, deseos) que nos atraviesan sin tratar de resumirlos de manera apresurada en un par de cajones electoralmente convenientes. Es una responsabilidad individual, de hecho. Mirar hacia nuestros recuerdos, hacia los de nuestras familias, buscando el matiz y el desafío a nuestra preconcepción de los mismos antes que al sesgo de confirmación.

Yo vengo de un hogar escorado a la izquierda. Mis libretas del instituto están llenas de «A» de anarquía. Mi educación sentimental estuvo pautada por Víctor Jara, Joplin, Serrat, Silvio, Ferrer i Guàrdia, Malatesta, unos padres de juventud nítidamente antifranquista (desde izquierdas distintas, eso sí, lo cual favoreció debates profundamente enriquecedores en cada sobremesa), *El País* y la SER. Pero todo ello se produjo en una democracia sana, funcional: la quema de papeles comprometedores la noche del 23F de 1981 o los asesinatos de policías en Euskadi eran sólo ecos lejanos en el espacio (los segundos) o en el tiempo (los primeros). Poco a poco fui interrogando esa educación sentimental. Me contó mi abuelo paterno, que no era de meterse en política pero sí de hablar y mucho de ella, que su

Cuestionar los recuerdos es arduo, costoso emocional y personalmente. Gustamos de biografías y prejuicios prístinos, coherentes. Algo bonito que poner en nuestras hipotéticas memorias al cerrar nuestra vida

padre fue un monárquico antifranquista (con sus años de prisión y todo). Una posición complicada de encajar en los cajoncitos partidistas, de los que mis padres siempre me alentaron afortunadamente a huir. Me contaron otras personas las «limpiezas sociales» a las que se aficionaba ETA fuera de los focos, enfocadas a consumidores habituales de heroína. Todos vimos, todos nos sentimos implicados, en el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. Hasta los que entonces apenas éramos unos preadolescentes. El mosaico se iba construyendo y era más complicado de lo que parecía cuando uno escuchaba con absoluta entrega el concierto de Llach grabado en enero de 1976 (me sigue emocionando hoy, pero es una emoción complicada, incómoda: mucho más rica).

Luego escuché a mi pareja (Catalina Gil Pinzón, colombiana, que apoya el proceso de paz, con años acumulados de trabajo en memoria y conflicto, y por tanto fuente de aprendizaje y motivación última de prácticamente todo lo que aquí se puede leer) contarme cómo estaba cansada de rebatir a europeos de orgullosa gallardía progresista la idea romántica de las FARC, totalmente desapegada de la memoria que ella y su país tenía de la violencia. Un holandés en una fiesta los calificó en su cara como «el ejército del pueblo». Esto me lo ha relatado varias veces y su enfado nunca disminuye. En alguna ocasión he visto cómo otros le intentaban explicar ¡a ella! el conflicto colombiano. Siempre desde el cajoncito, claro, desde la trinchera ideológica perezosa, enemiga de la empatía, del «primero, escucha; luego vemos». Pero ninguno de estos europeos tenía interés en cuestionar lo que ni siquiera era

memoria propia, sino heredada a retazos. Pero formaba parte de su identidad, y de su cosmovisión.

Escuchar, la empatía, el reconocimiento de tu subjetividad, no te va a cambiar de trinchera de un día para otro. Sí va a matizar tu postura, la va a enriquecer, va a facilitar un intercambio sin el cual es

imposible que el inevitable espacio en disputa que es la memoria produzca un resultado razonablemente sostenible para favorecer la creación de verdad, justicia y reparación. Si te cierras en banda, si todos lo hacemos, podemos incluso poner en riesgo la garantía de no repetición.

Cuestionar los recuerdos propios y los prestados es arduo, costoso emocional y personalmente. Gustamos de biografías y prejuicios prístinos, coherentes. Algo bonito, lineal que poner en nuestras hipotéticas memorias al cerrar nuestra vida. De la misma manera que nos gustan nuestros mitos (nacionales, ideológicos, culturales) bien nítidos y afinados, sin aristas. También preferimos ese tipo de símbolos, por cierto, como puntos de unión en la memoria.

Un monumento debería ser tanto un punto de encuentro como algo dispuesto a ser reconsiderado. Exactamente igual que todos nosotros, nuestros recuerdos (propios o prestados) y preconcepciones

MEJORES SÍMBOLOS COMUNES

El acervo monumental acumulado por las naciones es casi siempre maniqueo. No sé si la historia la escriben los vencedores, pero desde luego que las estatuas sí las erige

quien detenta el poder en esa parcela (lo de parcela es aquí literal: ese lugar físico). Y se hace, inevitablemente, con las herramientas y el contexto simbólico existente en ese momento. Por ambas razones, a nadie le debería sorprender demasiado su cuestionamiento posterior. Cuando cambia el espíritu de la época, se modifica la lectura que las nuevas generaciones hacen sobre este tipo de símbolos. En este cuestionamiento se reabren brechas y la sociedad corre el peligro de caer de nuevo en la dinámica maniquea, favoreciendo un enroque de trincheras simbólicas.

Dice Lawrence Weiner que tiene «una definición curiosa de arte: el arte es gente que vio la configuración reinante, vieron que no estaban satisfechos con ella, y cambiaron la manera en que miramos a los objetos». Desde este punto de vista, enunciado por uno de los artistas conceptuales más importantes del siglo XX y lo que llevamos de este, cualquier tipo de intervención sobre un monumento erigido a la memoria es más merecedor del adjetivo artístico que el objeto original. Nuestra fijación con fijar la memoria, que en nada se plasma tan claramente como en estatuas y memoriales pasados, es fútil en un contexto pluralista.

Pero, ¿podemos construir otros catalizadores del equilibrio cambiante entre las cuatro aristas de las transiciones? Necesitaríamos recipientes de la conversación, de las conversaciones, que construyen verdad, buscan justicia, suponen reparación y se comprometen con la garantía de no repetición. Sometidas además a la reinterpretación constante: el sujeto de las cuatro dimensiones puede cambiar cuando menos se lo espera la sociedad. Desde este punto

de vista, un monumento debería ser tanto un punto de encuentro como algo humildemente dispuesto a ser cuestionado y reconsiderado. Exactamente igual que todos nosotros, nuestros recuerdos (propios o prestados), preconcepciones, historias sobre el bien o sobre el mal. Es, insisto, arduo: igual que ver caer una estatua que siempre ha estado allí. Igual que preguntarte qué te has perdido para que millones de personas piensen y voten distinto a lo que tú crees un bien necesario para el país. Igual que mirar alrededor tuyo, a tus amigos, tu familia, tu pueblo, y cuestionarte (cuestionarles) la manera en la que han construido sus comunidades vitales.

Pero vale la pena. ■

Jorge Galindo es sociólogo. Analista en El País América. Director adjunto de EsadeEcPol.